

la diatriba y el lenguaje popular se abrazan ejemplarmente, merecerían solo el desprecio. Céline vivió, igualmente, el horror de las dos guerras y no le cupo la menor duda de que su opción era, por encima de cualquier ideología o credo religioso, el pacifismo. Y quizás así es como deba leerse su obra, en la que la carcajada y el grito, el vómito y el llanto, la desesperanza y el humor dialogan incesantemente. Es decir, teniendo en cuenta que Céline amaba la paz hasta la ofuscación y la insensatez. Conoció el centro mismo del mundo colonialista en África. Y las páginas que le dedica a este tema en *Viaje al fondo de la noche* siguen siendo la denuncia más visceral de la voracidad del imperialismo europeo en el continente negro, pese a que la acusación esté sesgada del racismo más atrabiliario. También viajó al corazón de los grandes imperios de entonces (Nueva York y Moscú) y no vaciló en decir que ambos eran deshumanizadores y repugnantes sucursales del infierno. Si hay, pues, una literatura que muestra sin ambages la degradación del siglo xx y su cadena de mezquindades a troche y moche, disfrazadas de avance y progreso, de comunismo y democracia, es la escrita por Céline. Como ninguna otra, su obra es diestra en rasgar los velos de la inocencia y la ingenuidad, en detener los optimismos y los sentimentalismos. Con ella se concluye que el hombre es simplemente una podredumbre atravesada por un sueño.

Con Céline nos inclinamos también a pensar que un escritor es ante todo su obra y no sus acciones. Pero ambas circunstancias se cruzan de tal manera que dejan en los lectores el espacio de la admiración y el rechazo. Y en tal vaivén defendemos, usualmente, al escritor y atacamos al hombre. Las entrevistas que se le hicieron al autor de *Muerte a crédito*, emitidas por la televisión pocos años antes de su muerte, muestran a un anciano mórbido e inconsolable que habla con voz de ronroneo ese francés de la calle, espurio y vital, que él supo llevar, a través de un trabajo encarnizado de todos los días, al sitio más alto de las letras. Porque así también es como debe leerse a Céline. Es decir, sabiendo que toda gran literatura, pese a sus contenidos escabrosos, es una intensa apuesta por el estilo. Y el misántropo de Meudon lo demuestra cabalmente con sus libros. Son ellos quienes confirman, luego de cincuenta años de muerto su autor y pese a la indignación que sigue suscitando, que esta obra continúa palpitando con fuerza impresionante.

Pablo Montoya es escritor y profesor universitario. Premio Rómulo Gallegos en 2015, ha recibido una veintena de reconocimientos nacionales e internacionales, y ha publicado, entre otros, los libros: *Viajeros*, *Música de pájaros*, *Trazos*, *Razia*, *La sed del ojo*, *Cuaderno de París*, *Solo una luz de agua: Francisco de Asís y Giotto*, *Los derrotados*, *Tríptico de la infamia* y *La escuela de música*.

Poesía para ‘Breaking Bad’

Enrique Vila-Matas

¿Quién iba a decirle a Vince Gilligan cuando escribió los primeros guiones de *Breaking Bad* que muy pronto dejaría de lado la historia del profesor de química que se lanza a la fabricación de metanfetaminas y pasaría a hablarnos

de alguien que toma la decisión muy consciente de entregarse al Mal?

Publicado por Errata Naturae, *Breaking Bad*. 530 gramos (de papel) para serieadictos no rehabi-

litados es un libro que de algún modo nos confirma que el éxito de esta serie está ligado a la inspirada narración de una metamorfosis. ¿Se hartó el profesor de química Walter White de querer parecer bueno solamente para que su propio espejo y la gente le miraran bien? ¿Somos buenos porque realmente lo somos o porque queremos que los demás nos aprueben?

Lo más notable de la mudanza moral que describe *Breaking Bad* estriba en que no narra una transformación corriente, sino la historia de cómo un gris profesor de química se cambia a sí mismo: en un momento dado, White decide volverse malo, pésimo. Y eso, a mi entender, le permite encontrar un destino idéntico al del célebre paseante Jean Jacques Rousseau, aunque siguiendo para ello un proceso a la inversa. El filósofo y botánico aspiraba a asomarse amablemente al mundo exterior, pero, como cuenta Safranski en su imprescindible *¿Cuánta verdad necesita el hombre?* (Tusquets), “acabó replegado en sí mismo y cargado de enemigos sin explicarse por qué”. Walter White, en cambio, se crea adversarios con aplomo, naturalidad y plomo, pero se intuye —a falta de los capítulos que nos quedan por ver— que terminará igual que su antagonico Rousseau: desapareciendo en sí mismo.

A la vista de la buena fortuna de *Breaking Bad*, me pregunto si, de cambiar algún día las inercias que nos encadenan al pie del poder (al pie del Castillo), podría tener también suerte la serie que a veces imagino y en la que, repitiendo la fórmula del proceso de cambio del químico White, presenciaríamos la historia de un gris hombre sumiso de nuestro tiempo —pongamos que un señor macizo con frente esculpida según los cánones que diseña el Estado, creyente con bandera de patriota en su alma o balcón, con críos que llevar de la mano y ataduras a un trabajo imbécil pero útil— que de pronto daría un salto y emprendería una ruta, tan frágil como radicalmente diferente, un ca-

mino que le llevaría a huir de cualquier ciclo más de participación en la gran farsa general.

Sería, para entendernos, un tipo que viviría un cambio glorioso al transformarse en un solitario que tomaría la decisión consciente de ser poeta y volver todas las noches a casa caminando con paso veloz y vidrioso, con su cuerpo levemente doblado, ondeando como si ráfagas de viento le arrastrasen a uno y otro lado de la acera, las manos cruzadas en la espalda y una larga zancada.

Escribir significaría para él poder “permanecer fuera”, refugiarse en lo que K. definió como “el misterioso, quizá más peligroso, quizá más redentor consuelo de la escritura: ese escapar de un salto de las filas de los asesinos mediante la observación de los hechos”.

¿Crearía serieadictos la mutación de alguien que abandona las filas de los asesinos porque entiende que el sentido de la descripción de su vida interior y el terror al mundo (que es lo mismo que su escritura), ha relegado todo lo demás al terreno de lo accesorio?

Narrada con las mismas armas de *Breaking Bad*, la serie imaginada, con su larga historia de poesía y transformación, mostraría cómo un hombre cambia las filas de los asesinos por un camino que le va haciendo “desaparecer en sí mismo”, que le aleja felizmente cada vez más de ese castillo o centro máximo de poder, donde en realidad, según rumores cada vez más extendidos, no hay nadie, sólo un corral de pollos a la deriva.

Enrique Vila-Matas. Publicado en el diario *El País* de España el 23 de septiembre de 2013. Disponible en línea: https://el-pais.com/cultura/2013/09/23/actualidad/1379958670_998312.html